

LOS CATEQUISTAS EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Rino Fisichella¹

Las definiciones de la persona y del papel del catequista son numerosas. Hacer un recorrido de esta realidad desde su relación con la comunidad cristiana hasta la formación requerida nos llevaría demasiado lejos, y mi intervención quiere ser algo diferente. Me dirijo a expertos en la materia, y me parecía oportuno, en lugar de repetir siempre las mismas cosas, intentar abrir nuevas pistas de reflexión a partir del conocimiento adquirido en estos últimos años.

EL CATEQUISTA A LA LUZ DE LA PALABRA DE DIOS

Para entender el papel y el servicio prestado por el catequista en la iglesia, hay que considerarlo dentro del proceso de transmisión de la fe: por eso me parece importante incorporar elementos a los que se ha dado muy poca atención en la reflexión. Necesitamos volver al tema de la *Traditio. Dei Verbum* abre esta perspectiva, pero me parece que no se le ha concedido toda su importancia y su valor en el campo de la dogmática. Es bien sabido que la *Dei Verbum* considera en su unidad el hecho de la revelación de Dios y el canal a través del cual el contenido de la fe llega al creyente. Se trata de un verdadero acto de transmisión que pone en marcha todo un proceso complejo en el cual la acción del Espíritu Santo, la Santa Escritura, la vida de la Iglesia y el Magisterio, llegan a una

¹ Arzobispo. Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización.

síntesis única, fecunda e insuperable. Releer la *Dei Verbum* nos dará valiosas indicaciones teológicas y pastorales.

“Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones. Por ello Cristo Señor, en quien se consuma la revelación total del Dios sumo, mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio, comunicándoles los dones divinos. Este Evangelio, prometido antes por los Profetas, lo completó El y lo promulgó con su propia boca, como fuente de toda la verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres. Lo cual fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles, que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo, como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribieron el mensaje de la salvación. Ahora bien, lo que enseñaron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree.” (DV 7-8)

Veamos algunas de estas expresiones para determinar algunos aspectos de la personalidad del catequista y de su papel en el seno de la comunidad cristiana. La exégesis de este pasaje es ineludible para quien quiera afrontar el tema del servicio prestado por el catequista en la transmisión de la fe.

Lo primero que se afirma es la voluntad de Dios de que el Evangelio sea transmitido en su unidad fundamental a cualquier persona, en cualquier momento y en cualquier lugar. Es Dios quien toma la iniciativa de actuar. Nadie puede sustituirlo en esa primera de-

cisión de hacerse conocido por todos. Por lo tanto, la transmisión de la fe no es una decisión humana, y mucho menos una política eclesial; es una acción que procede de la revelación misma, y que lleva consigo lo que todos deben entender, independientemente de su cultura. La universalidad del Evangelio es factor esencial. Es la capacidad de penetrar todas las expresiones de todas y cada una de las culturas. La Encarnación es la entrada de Dios en la humanidad con tal profundidad que sólo Dios podía hacerlo. Por eso, nosotros somos custodios de una palabra que es capaz de reunir a todos los hombres sin excluir a nadie. En la Iglesia no se pide más que permanecer fieles a esta Palabra y quedar a la escucha para reunir a todas las personas, en todo tiempo. Así lo afirma al principio la *Dei Verbum*: “El Santo Concilio, escuchando religiosamente la palabra de Dios y proclamándola confiadamente, hace suya la frase de San Juan, cuando dice: “Os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó: lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros” (DV 1) Escuchar la Palabra de Dios no es algo pasivo, sino activo. Es el fruto de la fe que sabe estar en relación con Dios. Es un acto marcado por el progreso en el anuncio de lo que se vio. La afirmación del Concilio tiene algo de paradójico: pide estar a la escucha de lo que se vio. La Palabra de Dios “apareció”, y por eso la hemos visto. La Palabra de la revelación no tiene un contenido abstracto, sino que es una persona. Por eso, desde el origen, nuestra relación con la Palabra es específica: somos conscientes de que no se trata de un libro sino de una palabra viva que llega a todos. Desde el principio, el catequista está comprometido en una relación única que lo lleva al encuentro.

El encuentro es la palabra clave de nuestra reflexión. ¿Qué es un “encuentro? En primer lugar, se trata de un acto por el cual se decide uno a salir de sí mismo para entrar en relación con otra persona. Cada uno de nosotros es el resultado de un encuentro y vive de una serie de encuentros a través de los cuales se realiza a sí mismo. Lo contrario sería la soledad y el encierro en uno mismo, sin la posibilidad de amar. El encuentro nace del deseo de amar y

del deseo de escapar de la pesadilla de la soledad. La persona del catequista se define, por tanto, en relación al encuentro. Se trata de un encuentro en el cual Dios se le presenta y le habla. De ahí viene su vocación a encontrarse con los otros para darles testimonio de su primer encuentro, que está en el origen de su fe. Es un encuentro que se hace paradigma de la vida del catequista y que toma muchas formas: el encuentro sacramental, la toma de responsabilidad en la vida de la comunidad, la misión para todos aquellos que están en proceso de búsqueda. En resumen, la escucha de la Palabra es un encuentro que modela toda la existencia y la hace capaz de la transmisión, en cuanto que se abre a la relación con Dios y con el hermano.

De esta primera reflexión se desprende inmediatamente la segunda. Cada catequista debe tener plena conciencia de ser objeto de una especial vocación: que el Evangelio llegue a todos. El destinatario no es sólo el grupo que me ha sido confiado, el mundo entero es el campo de acción del catequista. Así pues, la figura del catequista se coloca, desde el principio, en el horizonte misionero. Lo que es, no procede en primer lugar de su decisión de anunciar el Evangelio, sino de la naturaleza misma del Evangelio que se le ha confiado, y que él ha acogido. Este Evangelio requiere ser anunciado a todos. Fuera de esta conciencia, la naturaleza universal intrínseca al Evangelio no se respeta, y difícilmente se podrá llevar a cabo una catequesis “misionera”. Será, simplemente, fruto del deseo subjetivo de cada uno, y no aparecerá la estructura intrínseca del Evangelio.

Me parece importante un tercer aspecto. La persona de Jesús es la fuente de la verdad necesaria para la plena realización de cada persona. El Evangelio revelado por Jesús no sólo está relacionado con un hecho particular de su vida terrena, sino que concierne a toda su persona. Toda la vida de Jesucristo es revelación. La Constitución dogmática utilizó con anterioridad la misma imagen: “Es él quien, por su presencia total y por la manifestación que hizo de sí

mismo.” Más adelante, había hecho explícita esta expresión en el texto latino para expresar la unidad profunda entre sus palabras y sus hechos: “gestis verbisque intrinsece inter se connexis” (“por palabras y obras”) (DV 4), lo que determina un todo que no es posible dividir, ya que los gestos explican lo que las palabras no dicen y que las palabras encuentran su significado profundo en los gestos realizados. Esta realidad la expresa nuestro texto diciendo simplemente *proprio ore*. Todo lo que sale de sus labios es como la síntesis final de la revelación del Padre precisamente por la referencia que hace a su boca. El carácter central de la persona de Cristo, afirma la unidad del contenido de la catequesis. Si no fuera la transmisión fiel de la Palabra de Dios, en esta profunda unidad entre la Sagrada Escritura y la transmisión viva llevada a cabo por la Iglesia, el catequista estaría como “roto” y en peligro de esquizofrenia. Insistir en la unidad de la Palabra de Dios quiere decir que la Escritura es inseparable de la vida de la comunidad que vive de esta Palabra y que la transmite de forma viva a las generaciones futuras. Por tanto, la Iglesia es Cristo vivo en este mundo para traer la salvación a todos. El encuentro frecuente con la persona de Cristo a través de la cátedra de la Iglesia es la condición fundamental para que el catequista viva su ministerio al servicio de la transmisión viva de la Palabra de Dios.

Es interesante anotar que lo característico de Jesús-Cristo lo es también de los Apóstoles: su predicación oral, su ejemplo, las instituciones erigidas, son los medios para transmitir lo que han recibido. La observación es significativa. Se confirma una vez más que la fuente son las palabras y obras de Cristo, pero inmediatamente se añade un detalle muy interesante que la traducción francesa debe explicar para mantener la riqueza y la belleza del latín que condensa todo en una sola palabra: *conversatione*. El texto francés dice: “ce qu’ils avaient appris de la bouche du Christ en vivant avec lui et en le voyant agir”, “lo que habían aprendido de la boca de Cristo, viviendo con él y al verlo en acción”. Todas estas palabras para explicar el “conversar” con Jesús. (En francés, eso es correcto,

o ‘conversare’ para mantener el latín)”. “Conversare” es permanecer con él, escuchar, también hacer preguntas, verlo actuar, e intervenir para pedir una explicación. En resumen, la vida con el Señor Jesús no puede ser confinada dentro de la costumbre o rutina, pues siempre hay una novedad salida de la vida de comunión. La comunión es el medio vital para conocer la revelación y hacer realidad la comunidad. Si se quiere, Dei Verbum, había anticipado este aspecto durante el debate de la Constitución, cuando, hablando de la naturaleza de la revelación dice: “Dios invisible se dirige a los hombres en su amor sobreabundante como a sus amigos, él se reúne con ellos para invitarlos y admitirlos a compartir su propia vida” (DV 2). “Reunirse” es permanecer, no estar ansioso por dejar a la persona con quien se habla; es interesarse por la persona y por lo que hace. En resumen, es Dios quien desea hacerse cercano a nosotros para compartir su vida.

EL CATEQUISTA COMO TESTIGO

Estas observaciones tienen consecuencias sobre el servicio realizado por el catequista, quien mantiene una relación de intimidad con el Señor Jesús. El catequista es un discípulo de Cristo, llamado a seguirlo como destinatario de una llamada que le compromete a vivir en comunión con el Señor y con los demás discípulos. Los apóstoles formaban una familia con el Maestro. Era el grupo de los Doce. Así lo afirma la *Lumen gentium*: «El Señor Jesús llamó para sí a quienes quiso e instituyó a doce para ser sus compañeros y enviarlos a predicar el Reino de Dios: a esta institución de los Apóstoles le dio la forma de un colegio, es decir, de un grupo estable, y puso a la cabeza a Pedro, elegido de entre ellos” (LG 19). El catequista no está solo, al contrario, pertenece a una comunidad que lo acoge y para la cual ejerce el servicio de transmisión de la fe. Su vida está hecha de intimidad con el Señor. *Frecuentar* su palabra para conocerla mejor, *rezarle* para entrar en el misterio de su vida, *testimoniar* de manera coherente la condición del discípulo. Sólo si el catequista es un “experto” de Cristo podrá ejercer de

manera eficaz y fecunda su ministerio. Sin esto, no sería más que un distribuidor de información, de conceptos, y su catequesis sería más una lección escolar que compartir con gozo su encuentro con Cristo.

La cuarta consideración es la explicación del término “palabras y obras” con la que la *Dei Verbum* se refiere a la revelación de Jesús. El catequista deberá hacer suya, claramente, esta unidad, sobre todo en nuestra situación actual en que se privilegia la imagen sobre la palabra y el testimonio se impone sobre toda enseñanza. Las palabras de Pablo VI siguen teniendo actualidad, décadas después: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros es porque son testigos” (EN 41).

La misión del catequista es ser testigo de los hechos de Cristo, imprimir en su vida el hacer de Jesús y su capacidad de ir al encuentro de todos, especialmente de los que tienen más necesidad de su presencia. Así lo afirma con fuerza el Papa Francisco: “En la boca del catequista está siempre el primer anuncio: Jesucristo te ama, ha dado su vida para salvarte, y ahora está vivo cada día a tu lado para iluminarte, para darte fuerza, para liberarte.” Cuando decimos que este anuncio es “el primero”, no significa que esté al principio y que después se olvida y se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en sentido cualitativo ya que es el anuncio *principal*, el que siempre hay que escuchar de nuevo de diferentes maneras y el que siempre hay que anunciar de nuevo durante la catequesis de una forma u otra, en todas las etapas” (EG 164).

Al vivir su ministerio, el catequista está creciendo de modo permanente. La catequesis está al servicio del crecimiento del Pueblo de Dios para penetrar aún más en el misterio de la fe. Esta afirmación del papa Francisco es sugerente: “No sería correcto interpretar esta llamada al crecimiento exclusiva o principalmente como una for-

mación doctrinal. Se trata de “observar” lo que el Señor nos dijo, en respuesta a su amor, de donde surge, con todas las virtudes, el nuevo y primer mandamiento, el más grande, el que mejor nos identifica como discípulos: “He aquí mi mandamiento: amaos los unos a los otros como yo os he amado “(Jn 15, 12)” (EG 161). Estas palabras no invitan a ignorar el estudio o la formación. Como escribió San Buenaventura: “Ya que la fe da su consentimiento no por la razón, sino por amor, en todo caso desea tener razones para hacerlo, y por lo tanto la fuerza de la razón no es inútil” (*Proemium* 1 Sent. 2 a 6). El estudio no se deja al margen: se trata, más bien, de promover la formación global, integral, que sepa conjugar la sabiduría de la palabra con la eficacia de las obras.

El encuentro con Cristo, vivir una vida de discípulo con el deseo de comunicarla, hacen del catequista un hombre al servicio del kerygma, tal como se establece en la *Evangelii Gaudium*: “No hay que pensar que, en la catequesis, el Kerygma se abandona en favor de una formación que quisiera ser más “sólida”. No hay nada más sólido, más profundo, más seguro, más consistente y más sabio que este anuncio. La formación cristiana es, ante todo, la profundización del Kerygma hecho carne cada vez más y cada vez mejor, que nunca deja de iluminar el compromiso catequético y que permite comprender adecuadamente el significado de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis. Es el anuncio que corresponde a la sed de infinito presente en todo corazón humano. La centralidad del *Kerygma* requiere ciertas características para el anuncio y que hoy son necesarias por doquier: que exprese el amor salvífico de Dios antes que la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que sea una llamada a la libertad, que tenga ciertas connotaciones de alegría, de ánimo, de vitalidad y una síntesis armoniosa que no reduzca la predicación a ciertas doctrinas más filosóficas que evangélicas. Esto requiere que el evangelizador posea las disposiciones que ayuden a recibir el anuncio de la mejor manera: proximidad, apertura al diálogo, paciencia, cordial acogida sin condena” (EG 165).

Se nos pide comprobar un rasgo último en nuestra exégesis de la *Dei Verbum* sobre el tema de la verdad. En varias ocasiones, la Constitución conciliar evoca la verdad revelada por Jesús-Cristo, aunque especifica de inmediato su naturaleza: es una verdad *salvadora*. Es un significado rico para la reflexión y para percibir de manera coherente el sentido de nuestras palabras cuando hablamos de la verdad. La verdad de la revelación no es el resultado de una especulación filosófica, sino que atañe a la existencia de la persona. Se presenta como la respuesta a la pregunta por el sentido que siempre resuena en el corazón de cada persona, y que inevitablemente surge ante al drama de la vida.

La vida de cada uno es, en realidad, un “drama”, es decir, una experiencia que exige darle sentido. Este sentido no sólo se busca en los momentos difíciles de la vida, cuando las contradicciones obligan a la reflexión. De la misma manera, el significado de la vida no puede surgir de las diversas actividades que conforman la existencia diaria. La cuestión del sentido concierne a toda la vida, no sólo a tal o cual acto. Es cierto que la cuestión del sentido de la vida se plantea a todos, pero cada uno lo percibe y lo plantea de manera personal, en función de lo que vive. Más allá de la cuestión universal del “sentido de la vida” está la historia personal de cada uno que requiere una respuesta que lo comprometa. La cuestión del sentido surge en diferentes contextos; con frecuencia aparece en los momentos de dolor y sufrimiento. La cuestión del sentido no debería aparecer en primer lugar debido al encuentro con el absurdo. Por supuesto, hay momentos en que las contradicciones de la vida y del hombre son más sensibles, pero el sentido de la existencia tiene un valor positivo y debe ser, ante todo, significativa, en primer lugar como fruto y como objetivo de nuestra felicidad. Debemos, por tanto, centrar nuestra atención en los momentos positivos de nuestra existencia para desvelar su significado y el sentido global que puede dar respuesta en los momentos dramáticos de la vida.

A raíz de estas reflexiones, queremos hacer la pregunta sobre el sentido, a partir de la experiencia del amor. El amor lleva consigo la cuestión del sentido. ¿Qué sentido tiene, en efecto, amar y ser amado? El hombre contemporáneo, que a menudo confunde el amor con la pasión, y que vive el fracaso de lo que él llama amor, se resiste a hacerse tal pregunta. Sin embargo, sólo si se es capaz de dar una respuesta al amor se podrá hacer frente a la pregunta sobre el sentido del dolor y la muerte. De lo contrario, la cuestión del sentido estará sujeta al chantaje del absurdo y no podrá llegar al hombre en el por qué se hace: la vida, y no la muerte. La búsqueda primera y fundamental del sentido surge del deseo de amar y ser amado. Este es el mayor desafío para el catequista: transmitir la fe como propuesta y encontrar el verdadero sentido del amor. No es nada más que la verdad expresada por Jesús en la revelación y sellada en su muerte y resurrección. No se nos permite alejarnos de él para ayudar a nuestros contemporáneos a encontrar el sentido de la vida, tan a menudo disperso. Podríamos citar las palabras del apóstol cuando llama profeta a quien pone al día los deseos de su corazón. El catequista debe dirigirse al corazón de la persona para ayudarle a conocer el misterio de la fe y a ponerse de rodillas para adorar al Señor (1 Cor 14,25). Es así como la catequesis mistagógica tiene su valor: mantener unido el conocimiento de Dios, tener la experiencia de su amor, vivir como discípulo de Cristo, dar testimonio de su misericordia y adorarle “en espíritu y en verdad” (Jn 4,23).

La verdad salvífica que anunciamos libera al hombre de todas las formas de esclavitud a las que, a menudo, le gusta someterse alejándose así de su propia realización. Por el contrario, la verdad de Cristo hace retornar al hombre a sí mismo, lo sitúa en la intimidad de la relación consigo mismo para encontrar la fuerza para superarse y abandonarse a Dios. Por último, la salvación de Cristo no lleva a otra cosa que a esto: la vida de comunión con Dios donde se reconcilia con el Padre, inmerso en la vida trinitaria para volver a nacer como una nueva criatura. El catequista está al servicio de

esta verdad salvífica que lo lleva a una libertad real y profunda. Es un camino que se debe proponer de nuevo como un nuevo camino de renovación antropológica en el contexto cultural actual.

Según la *Dei Verbum* la fe debe ser transmitida. La transmisión de la revelación es una cadena ininterrumpida de discípulos que llega hasta nosotros, anunciando a Jesucristo y viviendo de la fe en él. Quienes se dedican a este proceso deben ser conscientes de tener que expresarse en un lenguaje performativo, que es una forma particular de nuestro lenguaje. Hace que las palabras dichas se conviertan en acción concreta que se expresa en la vida. La palabra ya no tiene sólo un valor noético, sino existencial. El que quiere comunicar a Jesucristo tiene el compromiso de que su discurso no se quede a un nivel puramente teórico, sino que se convierte en testimonio. En la medida que el catequista viva este compromiso, su discurso será eficaz y fecundo. Por supuesto, no se nos ha dado determinar el momento en que nuestra catequesis dará sus frutos. Recordemos esta palabra del Profeta: “La lluvia y la nieve que descienden del cielo, no vuelven sin haber regado la tierra, sin haberla fecundado y hecho germinar, dando semilla al sembrador y pan al que tiene que comer; así la palabra que sale de mi boca, no volverá a mí sin resultado, sin hacer lo que quería, sin haber cumplido su misión”. (Is 55,10-11). Esta es la dinámica de la Palabra de Dios, que hace eficaz el trabajo del catequista. A nosotros se nos pide obediencia y confianza en la gracia.

En este sentido, es bueno que el catequista sepa también expresar el silencio de Dios. La catequesis no se va a hacer fecunda por la racionalización de la fe; solamente lo será si salvaguardamos el misterio de Dios. La gran necesidad de espiritualidad que anima a nuestros contemporáneos debe hacernos reflexionar mucho sobre los medios para comunicar la fe. La catequesis se sitúa en este horizonte. Por la liturgia deberá imprimir en los corazones y en las mentes de la gente un deseo permanente de Dios, que no se sa-

34 *Los catequistas en la misión de la Iglesia*

tisface por medio de ningún conocimiento de los contenidos, sino que quiere penetrar la insondable riqueza de su misterio.

“Así es como la Iglesia se perpetúa en su doctrina, su vida y su culto y transmite a cada generación todo lo que ella misma es, todo lo que cree”. Este es el punto central. El catequista está al servicio de la transmisión de todo lo que es la Iglesia y de todo lo que ella cree. Nada más y nada menos. Transmitir a Jesucristo vivo en su Iglesia, ayudar a percibir la belleza de esta comunidad que existe sólo para anunciar la resurrección como victoria definitiva sobre la muerte, contemplar el rostro del Hijo de Dios para ver en él humanidad salvada y el futuro de la existencia de cada persona.